

Dýnamis hermeneutiké.
Visiones interdisciplinares del pasado



Editores:

GABRIEL SANZ CASASNOVAS
EDUARDO A. GALLEGO CEBOLLADA
FRANCISCO BALLESTA ALCEGA
RUBÉN ESCORIHUELA MARTÍNEZ



Servicio de
Publicaciones
Universidad Zaragoza

Dýnamis hermeneutiké. Visiones interdisciplinares del pasado.

Gabriel Sanz Casasnovas, Eduardo A. Gallego Cebollada,
Francisco Ballesta Alcega, Rubén Escorihuela Martínez (coords.)

ISBN 978-84-16723-96-6

LOS TEMPLOS DE ÉPOCA PTOLEMAICA EN EL ALTO EGIPTO: ¿LUGARES DE ACCIÓN REAL O DE FALSAS APARIENCIAS?

*Ptolemaic temples of the Upper Egypt: Real action
places or false appearances?*

SERGIO SISTAC MARINA¹

Resumen: El período ptolemaico en Egipto se ha visto tradicionalmente como una época de decadencia y declive del Estado faraónico egipcio. Sin embargo, aunque es cierto que los Ptolomeos gobernaron desde Alejandría como unos auténticos soberanos griegos, en seguida se darían cuenta de que su vínculo con el clero tradicional indígena iba a marcar el futuro de su dinastía. Estas relaciones cobrarían una especial importancia en el Alto Egipto, una zona tradicionalmente propensa a las rebeliones en contra del faraón y de su tendencia durante muchos momentos de la Historia de Egipto a centralizar su poder en el norte del país.

Palabras clave: Egipto, época ptolemaica, templos, clero indígena.

Abstract: Ptolemaic Period in Egypt has traditionally been seen as a decline and decay era of the Pharaonic Egyptian State. Although it is true that Ptolemies ruled from Alexandria like real Greek rulers, they soon realized that their link with the traditional indigenous priesthood was going to mark the future of the dynasty. These relationships had a special importance in Upper Egypt, an area prone to rebel against Pharaoh and his

1 Doctorando. Universidad de Málaga. Correo electrónico: sergiosistac@uma.es.

inclination to centralize his power in the north of the country for many times of the Egyptian history.

Keywords: Egypt, Ptolemaic Period, temples, indigenous priesthood.

Unos de los elementos patrimoniales más importantes y característicos que conservamos hoy en día acerca del periodo helenístico en Egipto son los grandes templos construidos o renovados por los Ptolomeos durante el reinado de su dinastía. Por la información que ha llegado a nosotros, sabemos que muchos de estos lugares alcanzaron un gran poder y prestigio en esta época debido, fundamentalmente, a la necesidad imperiosa de estos nuevos monarcas de origen extranjero de hacerse ver, ante la población indígena, como los verdaderos sucesores de los antiguos faraones. Por lo tanto, nuestro objetivo a continuación va a ser el de acercarnos a conocer cómo fueron estas relaciones que se establecieron entre el clero de dichos templos y los nuevos monarcas lágidas, así como entender también la importancia que podían tener estos lugares dentro del programa político creado y llevado a cabo por los últimos faraones de la historia de Egipto.

Para empezar, nos vemos en la obligación de mencionar que la historiografía que ha tratado hasta ahora estas relaciones entre el clero egipcio y los Lágidas ha ido sufriendo una evolución significativa en sus teorías, que se entiende lógicamente por la aparición continua de nuevo material arqueológico y del estudio de fuentes papirológicas descubiertas o publicadas recientemente. En un primer momento, la tendencia historiográfica planteaba este asunto como un antagonismo claro entre los templos indígenas, últimos representantes de la identidad egipcia, y estos nuevos soberanos de origen extranjero. Este pulso continuo haría imposible la colaboración entre ambas esferas de poder y acabaría resultando en un fracaso para los Ptolomeos, puesto que su hegemonía se fue debilitando progresivamente conforme se multiplicaban las concesiones al clero “nacionalista” del Alto Egipto, debido al período de crisis social y política en el que la dinastía se vio envuelta desde finales del siglo III a. C., en adelante.

Sin embargo, esta interpretación de las relaciones en un contexto de rivalidad nacional fue refutada posteriormente por la papiróloga francesa Claire Préaux (1984) quien, a través de su estudio de las insurrecciones egipcias, con las que parece surgir el origen de las dificultades de los Lági-

das, llegó a la conclusión de que el clero egipcio formó parte efectiva del sistema económico y político ptolemaico y, en consecuencia, se vio tan afectado como la casa real con estas revueltas que tuvieron identidad y autoría propias, ajenas en su mayor parte a la voluntad del clero. La autora citada también defiende que el origen esencial de este problema residió en la estructura económica dominante, que conforme a la tradición egipcia se basaba en la idea de que la tierra y sus productos pertenecían al faraón, como heredero de los dioses, y a los templos por concesión del primero. Esta también es la opinión de Willy Clarysse (2000) para quien no podría existir una oposición nacionalista por parte de aquellos hombres que servían a la “Iglesia” y al Estado al mismo tiempo.

Para otros autores posteriores que siguen esta tendencia, como Michel Chauveau (1997), la heterogeneidad del clero sería también un hecho remarkable que vendría incrementado por las posibles interrelaciones con el Estado, por lo que el sacerdocio indígena no formaría un bloque monolítico frente a los Ptolomeos y los intereses y relaciones con el Estado. Lágida podrían variar según el clero de cada templo.

La aportación más reciente en el panorama historiográfico sobre este tema es el representado por Gilles Gorre (2009). Su investigación acerca del tema le ha llevado a argumentar que, en líneas generales, parece existir una estrecha relación entre el Estado y los templos egipcios, ya que los Ptolomeos optaron desde un primer momento por una política de compromiso e integración del clero con el Estado. Según este autor, este entretrejo hace que sea inexacto considerar las relaciones del clero egipcio y los Lágidas como una ilustración del conflicto entre el poder temporal y el poder espiritual. En Egipto, las personas que trabajan en templos estarían, por tanto, doblemente conectadas a la esfera del Estado y, de hecho, la acumulación de cargos civiles y religiosos sería la regla. De esta manera, no deberíamos creer que los templos se beneficiaron de las crisis de la dinastía sino que, por el contrario, fueron también víctimas de ésta.

Todos estos historiadores que acabamos de mencionar han tenido que hacer frente a la dificultad inherente al estudio de las fuentes de información sobre el mundo helenístico. Incluso si nos centramos en Egipto, nos encontramos con que estas no son especialmente abundantes y, además, están muy desigualmente repartidas (Rostovtzeff, 1967, p.260). Este hecho, como vamos a ver en seguida, pone de manifiesto la importancia que

tiene la interdisciplinariedad en las investigaciones sobre este período de la historia de Egipto.

En el caso concreto que nos atañe, el Egipto helenístico, contamos, por un lado, con las fuentes literarias antiguas que nos relatan los episodios acaecidos en este lugar durante dicha época. Estas obras antiguas nos brindan, en esencia, una información histórica y topográfica muy valiosa. Entre estos autores podemos destacar principalmente a Heródoto de Halicarnaso, Hecateo de Mileto, Hecateo de Abdera, Manetón, Diodoro Sículo, Flavio Josefo, Estrabón y Plutarco. Sin embargo, estos testimonios, aunque nos aportan un relato de los acontecimientos que suelen resultar esenciales para establecer un marco cronológico, no dejan de ser insuficientes por sí solos.

Por suerte, podemos completar la información aportada por todos estos historiadores de la Antigüedad con otro tipo de testimonios históricos que permiten a los investigadores obtener una visión mucho más completa del período. El hallazgo de estas nuevas fuentes de información se lo debemos en gran medida a la arqueología y, gracias al incremento regular en la cantidad de tales testimonios, la historia de este período se encuentra en constantemente actualización, a medida que la disponibilidad de nueva información induce a revisar viejas hipótesis y a plantear algunas nuevas. Al respecto de este hecho, son muy esclarecedoras las palabras del historiador británico Graham Shipley, quien, además de hacer un profundo uso de las fuentes no literarias en sus investigaciones, alega lo siguiente (Shipley, 2001, p.54):

«Un rasgo sorprendente del período helenístico, en comparación con el clásico, es el número muy grande de textos no literarios que quedan, y su preponderancia sobre los datos historiográficos. Por una parte, dichas fuentes —papiros documentales, inscripciones, monedas, y restos arqueológicos— nos dan un acceso mucho más directo al período. Por otra parte, estas fuentes plantean problemas especiales de interpretación y necesitan conocimientos especializados para ser evaluadas directamente».

En cuanto a todas estas fuentes de naturaleza no literaria, en Egipto, cobran especial importancia los papiros, ya que son, debido a su proliferación, nuestra fuente principal de información, aunque estos proceden en su mayoría de la región de El Fayum, cercana al Delta. El principal problema

de estas fuentes es que muy pocos se refieren a las condiciones generales del país o emanan del gobierno central, sino que, sobre todo, aluden a asuntos locales. Es por ello que es necesario utilizarlos con precaución, ya que el número de papiros griegos con los que contamos es enormemente superior a los escritos en demótico, por lo que las conclusiones que podemos sacar pueden estar sesgadas. Además, los que poseemos únicamente se pueden utilizar con fiabilidad para el lugar y el momento al que pertenezcan, ya que tenemos motivos para creer que las condiciones cambiaban considerablemente en cada lugar y en cada momento (Walbank, 2012, p.25). Por lo tanto, debido a la naturaleza de las fuentes papirológicas halladas hasta la fecha, cabe recalcar que el período mejor conocido es el que abarca el reinado de los primeros reyes de esta dinastía, en concreto, de Ptolomeo II Filadelfo y Ptolomeo III Evergetes. Por este mismo motivo, se conoce mucho más acerca de las actividades económicas y sociales propias de las élites helenísticas que habitaban Alejandría y la zona norte del país, que de las élites indígenas que, sin duda, tendrían un papel muy relevante en el Alto Egipto.

Por otra parte, contamos también con la información recogida en las inscripciones, cuyo estudio necesita de una técnica especial por parte del historiador. La procedencia exacta de muchas inscripciones es incierta y muchas son fragmentarias o parcialmente ilegibles. Por fortuna el estudio del vocabulario y la fraseología utilizados en diversos contextos y en distintas fechas permite al experto epigrafista sugerir restauraciones plausibles para llenar lagunas que se adviertan (Walbank, 2012, pp.22-23). Por lo general, muchas de estas inscripciones revelan la participación de los reyes en los cultos oficiales de Egipto. En numerosas ocasiones, las dedicatorias de estatuas y templos, la restauración, construcción y dotación de santuarios, la instauración de fiestas, los exvotos o los inventarios de tesoros sagrados atestiguan la persistencia de los dioses indígenas y el poder de los templos como centros económicos y religiosos del momento.

Por último, las fuentes de carácter iconográfico como las estatuas o monedas, son otro foco importante de información. Por ejemplo, en lo que respecta a los templos y su relación con los faraones, las esculturas y representaciones que allí residían tenían una gran importancia, ya que eran unos elementos muy útiles para el reconocimiento del poder y la legitimidad del faraón (Fabre, 2008, p.99). Por lo tanto, el estudio pormenorizado de la iconografía real hallada en los santuarios nos da información acerca

de la política religiosa seguida por estos monarcas en relación con los templos y su clero.

A pesar de todas estas fuentes de información que acabamos de mencionar, lo cierto es que la documentación que poseemos acerca de los templos egipcios de época ptolemaica no es todo lo abundante que desearíamos y esto ha provocado que, hoy en día, ignoremos en gran medida, por poner un ejemplo, muchos de los aspectos relacionados con la economía de los templos. Esto se debe principalmente a que los papiros demóticos no han podido todavía arrojar suficiente luz sobre el tema debido a que muchos de ellos permanecen, todavía, inéditos, y también a que la mayoría de estos hallazgos ha tenido lugar, como ya hemos apuntado, en la región de El Fayum. No obstante, cabe también remarcar que la riqueza material de Egipto es abrumadora y que se está descubriendo un número cada vez mayor de papiros demóticos, especialmente en las excavaciones llevadas a cabo en los templos y en los recintos asociados a ellos.

De lo que sí tenemos constancia, gracias a la documentación analizada hasta ahora por los investigadores, es que estos centros religiosos y la clase sacerdotal indígena asociada a ellos, habituada a gozar de privilegios importantes, tales como la exención en el pago de los impuestos que gravaban las propiedades de los templos en beneficio del tesoro real, o la administración de sus propios bienes, entre otros, trató de mantener su estatus de poder social y económico al instaurarse la dinastía de los Lágidas en Egipto. El historiador griego Heródoto (II, 37) ya nos advierte de que, en Egipto, la herencia de los cargos sacerdotales era un hecho en el siglo V a. C., lo que supuso más adelante un quebradero de cabeza para los nuevos gobernantes lágidas.

Si contextualizamos este hecho, cabe apuntar que esta no era una situación nueva para el país, puesto que los templos egipcios fueron, desde un primer momento, importantes focos de poder político durante gran parte de la historia del Egipto faraónico. Esto se debía, fundamentalmente, al papel del clero como rector de la vida religiosa y de las doctrinas morales de la población.²

2 En esencia, la única autoridad impuesta era la del Estado, representada por el rey y sus funcionarios, aunque también, en el orden más estrictamente religioso, la de los sacer-

Sin embargo, tenemos que tener claro que la importancia del templo en la sociedad egipcia, no se limitaba única y exclusivamente a su aspecto sagrado, sino que los dominios de los templos constituían una buena reserva de alimentos y desempeñaban una actividad industrial importante. Por ende, los templos eran poderosas instituciones económicas ya que, desde época antigua, estaban dotados de tierras que los faraones ofrecían a los dioses. A su vez, poseían talleres textiles, donde se fabricaban las más delicadas telas, obtenían regalos de los reyes para la celebración de las grandes fiestas religiosas, recibían ingresos de las aldeas que estaban bajo su ámbito de influencia, contaban con multitud de objetos y estatuas para el culto de una gran manufactura y fabricados con materiales preciosos. En definitiva, en palabras de Claire Préaux (1984, p.169), podemos argumentar que «los dioses eran ricos y sus templos, autárquicos».

Por lo tanto, en momentos de crisis o de debilidad del faraón reinante, no era de extrañar que el alto clero de los principales templos del país, fuesen protagonistas de tensiones con los miembros del Estado, en busca de un mayor poder político y de nuevas ventajas fiscales. Para esto, no dudaban en extender la idea de que «el destino del país se halla directamente determinado por la piedad o la impiedad que los reyes y los generales testimonian a la divinidad» (Pirenne, 1989, p.1531). Esta situación tuvo, probablemente, una especial importancia en el Alto Egipto, donde, desde el I milenio a. C., se había instaurado un poder teocrático independiente *de facto*, y alejado del control del poder real, residente en el Delta. Esta situación de anarquía política se mantuvo con la excepción del interregno de la primera y segunda invasiones persas, hasta la conquista de Egipto por Alejandro Magno en el 332 a. C. A lo largo de este período el sacerdocio intentó dotar al poder nacional de un carácter teocrático, erigiéndose en juez de la política real y creyéndose ser la única clase social capaz de dirigir a Egipto de manera que su pueblo pudiera recuperar el favor de Amón y, con él, la felicidad (Pirenne, 1989, pp.1531-1532).

Esta era la situación política y social que se encontraron los Ptolomeos al acceder al gobierno del país. Como consecuencia del papel que tenían los templos como garantes del orden social y, en cierto modo, como reduc-

dots (Pirenne, 1989, p.1516).

to de los últimos representantes de lo que había sido el Egipto faraónico, a los dirigentes macedonios no les quedaba más opción que entenderse con el personal de estos lugares sagrados si querían llevar a cabo la explotación rentable del país. Estos nuevos monarcas se encontraban con la problemática de que no podían permitirse prescindir de la colaboración del sacerdocio indígena, puesto que este, gracias a su control y supervisión de la población, tenía en su mano el otorgar o no legitimación a la corona (Gorre, 2003, p.24).

Es por ello que los nuevos dueños de Egipto se dedicaron desde un primer momento a construir grandes monumentos religiosos que iban en consonancia con la voluntad que tenían de afirmarse, en su relación con los templos y los servidores de los dioses, como los verdaderos continuadores de los antiguos faraones. Fueron numerosos los recursos que invirtieron los monarcas lágidas para levantar, reconstruir o ampliar toda una serie de templos al más puro estilo egipcio. Lo curioso es que todos estos templos y santuarios construidos a la manera indígena, siguiendo el estilo arquitectónico de los templos antiguos de época faraónica, fueron construidos en el Alto Egipto. Es lógico pensar que este hecho vino condicionado por la tendencia secesionista de la región sur del país, donde tuvieron lugar las revueltas sociales que agravaron notablemente la crisis de gobierno de la dinastía Lágida desde, prácticamente, el reinado de Ptolomeo IV Filopátor (221-205 a. C.). Estos sucesos alcanzaron tal importancia política que incluso llevaron a que en Tebas se estableciese, en algunos momentos del siglo II a. C., un poder independiente con sus propios faraones de origen indígena.

Las edificaciones de los templos más grandes como son los de Edfú, Dendera o Filé, cuya construcción comenzó en este periodo, ilustran claramente la prosperidad que llegaron a alcanzar los templos egipcios bajo el reinado de los Ptolomeos, así como la voluntad política que estos dirigentes tenían de favorecer a determinados colegios sacerdotales (Fabre, 2008, p.105). En la práctica totalidad de estos templos tardíos, no aparecen elementos griegos, ni siquiera en las inscripciones jeroglíficas oficiales, las cuales no guardan grandes diferencias con respecto a las halladas en los templos de los antiguos faraones, a no ser, eso sí, una mayor prolijidad de detalles. En definitiva, llama profundamente la atención que no hay ningún elemento en la iconografía oficial de estos templos en los que uno de

los monarcas de esta dinastía sea representado como un personaje griego (Préaux, 1984, p.4).

Tal era la inspiración en la tradición egipcia que estos templos tardíos tenían que, hoy en día, muchos investigadores consideran que dichas construcciones son el mejor ejemplo para comprender los entresijos del templo egipcio tradicional (Finnestad, 2005, p.185). Además, las evidencias sugieren que el patrón general de estos templos a lo que hacemos referencia, fue desarrollado al principio ya de la dinastía ptolemaica, de manera que los constructores y artesanos que trabajaron en su construcción tuvieron muy claro lo que pretendían lograr desde un primer momento (Finnestad, 2005, p.188). Sin embargo, también es cierto que, aunque se ajustaron

a la convención egipcia tradicional y no mostraron apenas ninguna influencia extranjera, estos templos poseían algunas innovaciones y pequeñas individualidades particulares. Por norma general, desde el punto de vista arquitectónico, estos templos continúan con las tradiciones básicas de construcción y disposición de las salas (Fig. 1). Tienen una gran puerta de entrada (que los griegos llamaban «pilono»), un patio, salas hipóstilas, espacios destinados a las ofrendas y pequeñas salas que servían como capillas y almacenes donde se guardaba todo el material relacionado con el culto. También poseían capillas en el techo (que se conservan únicamente en el templo de Dendera) y criptas subterrá-

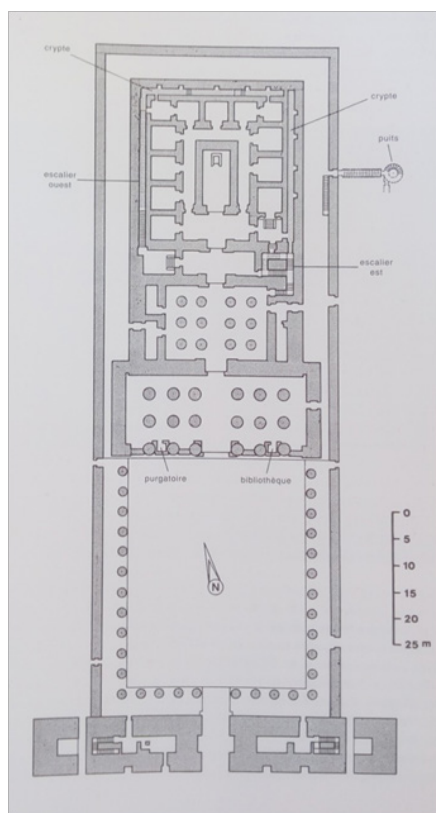


Fig. 1. Plano del templo ptolemaico de Horus en Edfú. Fuente: Willems, 2000, p.111.

neas que estaban relacionadas, sobre todo, con el culto a Osiris. Como hemos comentado recientemente, los templos tardíos se caracterizaban por tener además algunos rasgos especiales como es el caso de una entrada con columnas situada en frente de la naos del templo y que se conoce con el nombre de pronaos. Otro rasgo particular de estos templos era la disposición del santuario central, el cual consistía en una estructura separada con su propio tejado y rodeado por un corredor.

Por último, en lo que respecta a las innovaciones establecidas por los Ptolomeos en estos templos, cabe destacar la especial atención que se otorgan a los *mammisi* o Casas del Nacimiento. Estos pequeños santuarios estaban destinados a celebrar el nacimiento del niño real gracias a la intervención del dios y, por lo tanto, hacía referencia a la ascendencia divina del sucesor al trono. En este pequeño templo que, desde la XXX Dinastía (380-342 a. C.), adquirió una mayor importancia, se celebraba anualmente el nacimiento del príncipe heredero y se llevaba a cabo el culto correspondiente. Debido a esto, no es de extrañar que, durante el gobierno del país de una dinastía cuya legitimidad al trono de Egipto estaba claramente cuestionada, estos lugares recibiesen una especial atención, otorgándoles, en época ptolemaica, un lugar independiente dentro de los recintos sagrados de los templos y prestando una mayor importancia a sus representaciones. En relación con esto último, la diosa Isis fue objeto de una profunda veneración en estos lugares puesto que ella era la madre del soberano, encarnado en este caso por el dios Horus-Harpócrates.

Un claro ejemplo de la importancia que adquirieron estos lugares bajo el mandato de los Lágidas lo podemos ver en el *mammisi* que mandó construir Cleopatra VII Filopátor en la antigua ciudad de Hermontis, en cuyo lugar se alzaba un templo dedicado al dios de la guerra Montu y cuyos orígenes se remontan a la XI Dinastía (2135-1994 a. C.). En este santuario la reina Cleopatra se hizo representar como la diosa Isis-Hathor sentada sobre un trono, amamantando a su hijo Cesarión, futuro rey de Egipto. De este hecho se deduce que Cleopatra VII no era ajena a este nuevo mecanismo de legitimación y que, mediante la asimilación de ambos con la reina Isis y el príncipe divino Horus, Cleopatra buscaba consolidar así la sucesión al trono de su hijo con Julio César (Arroyo, 2013, p.91). Además, el paralelo entre el asesinato de César y el de Osiris, padre de Horus, era claro (Goudchaux, 2001, p.136).

En esta maniobra política de mostrarse como los sucesores legítimos de los antiguos faraones, los Ptolomeos eran también «hijos de Ra» e «imagen viva de Amón», por lo que asumían a su vez la función sacerdotal que implicaban estas relaciones (Préaux, 1984, p.60) y que los obligaba, en cierta medida, a proveer a los templos de todos los recursos necesarios para que el culto diario a los dioses pudiera seguir realizándose con éxito y mantener así el orden en el mundo, la *maat*. En definitiva, en palabras de D. Fabre (2008, p.105):

«Los soberanos lágidas eran plenamente conscientes de que los sacerdotes eran los únicos mediadores para facilitar las relaciones entre el poder real y el poder religioso, así como para que una autoridad extraña por su lengua, costumbres y cultura, fuese plenamente aceptada. Así pues, no tardaron en tratar de establecer relaciones armoniosas con el clero autóctono, puesto que para conseguir un dominio pleno que se prolongara en el tiempo necesitaban que el clero proclamase al nuevo faraón como hombre-dios, predestinado al trono por el creador, asegurando, de este modo, el reconocimiento de los dioses y la fidelidad de todo el pueblo egipcio. Por su parte, la lealtad del clero estaba garantizada por la concesión del caudal necesario para el cumplimiento de los ritos y el aprovisionamiento de los templos y de su personal».

Si ponemos nuestra mirada sobre el complejo templario de Karnak, el hogar del dios Amón de Tebas, vemos cómo, con el inicio de la época ptolemaica este lugar disfrutó de un período de renovación, pudiéndose observar los cartuchos y relieves de los monarcas lágidas alrededor de los recintos de los distintos templos y capillas, así como en muchas grandes puertas de piedra que se encuentran en los muros.

En el centro del primer patio, por ejemplo, se encuentran los restos de un gigantesco quiosco construido por Taharqa y que fue posteriormente restaurado por los Ptolomeos. Originalmente, el quiosco constaba de diez columnas grandes de papiro unidas por un pequeño muro y abierto por sus lados este y oeste. Sin embargo, hoy en día únicamente se conserva alzada una gran columna y una capilla realizada a partir de un bloque de calcita.³ Fue Ptolomeo quien intervino en este espacio, y por ello su nombre

3 Aunque la función de esta construcción se presume que era la de servir como reposadero de la barca del dios, el hecho de que esté abierto al cielo sugiere que pudo haber

puede verse alrededor de toda la gran columna de Taharqa. Solo los muros del lado norte de este quiosco se han conservado y en ellos se pueden ver figuras representando los nomos del Bajo Egipto siendo liderados por el propio Ptolomeo hacia la divinidad que personificaba a la ciudad de Tebas, Waset. Parece evidente pensar que, si se hubieran conservado los muros del sur, en ellos aparecerían los nomos del Alto Egipto en una representación similar (Blyth, 2006, p.228). De esta manera, Ptolomeo IV hacía su aparición aquí como líder de todo el pueblo de Egipto y benefactor de la ciudad de Tebas.

En la misma Tebas también encontramos el ejemplo del pequeño templo ptolemaico de la ciudad obrera de Deir el-Medina. En dicho lugar, Ptolomeo IV mandó erigir un nuevo santuario dedicado a las diosas Hathor y Maat. Tanto la arquitectura como sus relieves demuestran una vez más la línea de continuidad que estos soberanos macedonios siguieron con respecto a la tradición faraónica. En las capillas principales del templo, aparecen representados a la manera tradicional egipcia, como faraones, tanto Ptolomeo IV como Ptolomeo VI (Fig. 2).

Por otra parte, los Ptolomeos no solo se dedicaron a construir y restaurar los antiguos templos de Egipto, sino que, si hacemos caso a algunas estelas, estas nos aportan información acerca de su participación, en ciertas ocasiones especiales, de las festividades que se siguieron celebrando en los templos indígenas durante los trescientos años de gobierno lágida. Este hecho queda reflejado en distintos documentos como es el caso de la estela hallada en el Bucheum de Hermonthis. En esta localidad de la Tebaida se adoraba a un toro llamado Buchis, el cual encarnaba el alma viviente del dios Amón-Ra. Cuando este animal fallecía era sustituido por otro en una ceremonia sagrada, ceremonia que, según esta estela, sabemos que tuvo lugar en el año 51 a. C., momento en el que Cleopatra VII Filopátor ascendió al trono de Egipto. En dicho documento se registra la participación de la reina Cleopatra VII en el festival de instalación del nuevo toro sagrado.

tenido un propósito especial en uno de los rituales asociados con el templo, posiblemente un tipo de ceremonia de «unidad con el sol», la cual sabemos que era practicada en épocas tardías en templos como el de Dendera y en algunos otros lugares (Wilkinson, 2000, p.156).



Fig. 2. Relieve de la capilla norte del templo de Hathor en Deir el-Medina. En ella se puede ver a Ptolomeo IV Filopátor realizando ofrendas a las diosas principales del santuario, Hathor y Maat, ambas sentadas sobre sus tronos. Fuente: fotografía del autor.

A su vez, cuando en el tercer año de su reinado falleció el toro Apis de Memphis, conocemos por otras fuentes que ella tomó parte directa en los gastos y expensas del culto, otorgando, además, una mesa de ofrendas y raciones diarias para todas aquellas personas encargadas de realizar los ritos relacionados con el enterramiento de este toro sagrado. Aunque la dotación económica de los ritos, como hemos apuntado anteriormente, era algo común en los Ptolomeos, «el detalle de la dotación de Cleopatra es nuevo y sugiere cierto nivel de participación personal en los cultos de toros en Egipto, que habían llegado a representar la esencia de la religión nativa» (Thompson, 1992, p.321).

Como podemos ver, la participación de Cleopatra VII en este tipo de festividades, de tradición claramente indígena, no fue un hecho aislado, sino que esta reina tuvo interés en estar presente en otros rituales propios de esta religión a lo largo de su reinado, ganándose así el respeto y la adhesión de sus súbditos, en especial, en el Alto Egipto (Puyadas Rupérez, 2016, p.44).

En líneas generales, estamos en disposición de afirmar que los Ptolomeos intentaron guardar siempre una relación cordial con el clero indígena aunque es cierto que estas relaciones no fueron siempre idílicas. A partir del reinado de Ptolomeo IV, el imperio lágida entró en un proceso claro de decadencia que coincidió con una guerra civil prolongada, en la que el Alto Egipto se proclamó independiente del gobierno central alejandrino y, desde el 207 al 186 a. C. fue gobernado por faraones independientes de ascendencia Nubia (Harmachis y Anchmachis). Estos signos de debilidad en el gobierno se pueden deber, en parte, a un sentimiento “nacionalista” de la población egipcia pero, en primera instancia, reflejan un claro desencanto social creciente que adopta las formas nacionalistas simplemente porque la élite dirigente está configurada por griegos (Walbank, 2012, p.123).

Estas agitaciones, que pueden tomar la forma de verdaderas insurrecciones, se conocen esencialmente por la documentación papirológica y los autores antiguos. Uno de estos últimos, Polibio, ya hace referencia a la división creciente que se estaba generando entre los dos pueblos, el griego y el egipcio, en época de Ptolomeo IV Filopátor y que iba a acabar desencadenando en estas revoluciones populares a las que estamos haciendo referencia. Al hablar del período inmediatamente posterior a la victoria de Ptolomeo IV sobre el rey seléucida Antíoco III en Rafia (217 a. C.), Polibio (V, 107, 1-3) nos narra lo siguiente:

«Este rey, en efecto, había armado a los egipcios para la guerra contra Antíoco: tal determinación le resultó acertada para el presente, pero equivocada para el futuro. La victoria de Rafia ensoberbeció a aquellas gentes y ya no soportaron más la autoridad. Se creían capaces de bastarse a sí mismos y se buscaron un capitoste bien figurado, cosa que acabaron por lograr, y muy pronto».

Ante esta situación, y para intentar evitar estos levantamientos populares protagonizados en su mayoría por campesinos, los distintos monarcas lágidas, desde Ptolomeo V Epífanos en adelante, se vieron todavía más obligados a realizar repetidas concesiones a los distintos cleros indígenas, entre las que destacaba, por encima de todas, la exención de impuestos. Ante estos dones que les eran otorgados a los templos, los clérigos locales solían inscribir en los muros del recinto de los santuarios o en estelas que se colocaban en el exterior de estos, las concesiones otorgadas por el monarca a ese determinado templo. De esta forma, estos escritos no solo daban se-

guridad a los sacerdotes, sino que eran también útiles para la propaganda real, ya que daban la imagen de un soberano piadoso que se preocupaba y respetaba las prerrogativas de los dioses locales (Fabre, 2008, p.108).

Este hecho lo podemos comprobar en el gran templo ptolemaico de Edfú, el mejor preservado de esta época, cuya construcción comenzó en tiempos de Ptolomeo III Evergetes (en el 237 a. C.) y no se terminó hasta el 57 a. C., en época ya de Ptolomeo XII Neo Dioniso,⁴ padre de Cleopatra VII Filopátor. La construcción de dicho santuario estuvo provocada, en gran medida, por el gran clima de inestabilidad y violencia que se vivió en la región de la Tebaida durante los dos últimos siglos de gobierno macedónico en Egipto. Este templo, consagrado al dios Horus de Behdet, es, sin duda, el ejemplo más adecuado para demostrar la coherencia y la interacción de todos los componentes del templo y su importancia para la imagen pública del soberano (Finnestad, 2005, p.204). Sus textos y relieves representan al faraón como Horus, rey del universo e hijo de Ra, el Creador solar. Además, era en este templo donde tenía lugar el Festival de la Victoria, que celebraba el mito de la victoria de Horus sobre Seth y sus enemigos.

En los relieves del interior aparece el dios Horus arponeando a sus enemigos, siendo representados estos con la forma de hipopótamos y cocodrilos. Los textos que acompañan a estas imágenes muestran nuevamente que Horus y el faraón reinante se fusionaron ritualmente. Debido al trasfondo religioso que tenía este lugar sagrado, no es de extrañar que los Ptolomeos lo utilizaran para fortalecer su imagen sobre el Alto Egipto, haciéndose representar allí como los monarcas victoriosos frente a los rebeldes. Esta simbología la podemos observar también en el gran relieve del Primer Pílon, donde aparece el faraón en la clásica escena del rey golpeando a sus enemigos con una maza, en este caso, delante del Horus de Behdet.

Para finalizar, cabe destacar una de las grandes medidas religiosas impulsada por los Lágidas, con el objetivo de buscar la legitimación de su

4 En una inscripción fechada el 5 de diciembre del 57 a. C. se narra el hecho de que las puertas del templo de Edfú, hechas de madera de cedro y cubiertas de bronce, fueron ofrecidas en nombre del rey, incluso cuando éste estaba todavía exiliado en Éfeso (Goudchaux, 2001, p.132).

dinastía y en el que iban a tener un papel principal los diversos templos y el clero tradicional egipcios. Hablamos del establecimiento de un culto a la dinastía impulsado por Ptolomeo II Filadelfo (285-246 a. C.). Dicho monarca consumó una destacable operación de propaganda a favor de la dinastía al casarse con su propia hermana Arsínoe II, cuya muerte supo explotar mediante la demostración de la naturaleza divina de la pareja real. Los sacerdotes egipcios aceptaron la significación mística de una unión que imitaba el modelo primigenio de la realeza faraónica descendiente de la pareja incestuosa formada por Isis y Osiris. Con este matrimonio se logró iniciar el culto a la dinastía, que reunió por igual a griegos y egipcios (Chauveau, 1997, pp.40-41).

Aunque Ptolomeo II ya inauguró oficialmente el culto dinástico instigando al culto de sus fallecidos padres como *Theoi Soteres* («dioses salvadores»), desde el 272-271 a. C., fue tanto él como su hermana-esposa, Arsínoe II, quienes se hicieron divinizar por primera vez en vida y, de esta forma, lograron que se les rindiera culto como *Theoi Adelphoi* («dioses hermanos»). Desde este momento, la deificación de la familia real estuvo organizada por medio del culto a los soberanos, quienes se convertían en *Synnaoi Theoi* («el culto a los dioses que comparten la parte más interna del templo») junto con el dios principal del templo (Fig. 3). La imagen del soberano, ya estuviera vivo o muerto, era colocada a lado de la del dios y unos sacerdotes especiales eran los encargados de cuidarla. Gracias a documentos como el Papiro de Oxirrincos (2465, frg. 2), sabemos que esto pasó con el culto a Arsínoe II, cuyas estatuas fueron adoradas en todos los templos de Egipto por mandato real.

Esto nos da una idea del control de la familia real que, de esta manera, se aseguraban la lealtad de las élites locales y la aceptación por parte del pueblo egipcio. Como relata C. Préaux (1984, p.68):

«El culto real practicado en los templos egipcios suscitó donaciones de los reyes que no sólo sirvieron para preservar la fuerza económica de estas instituciones sino que, además, permitieron iniciar o proseguir construcciones gigantescas en Edfú, Denderah, Karnak y en muchos otros santuarios».

En relación con el culto dinástico establecido en Egipto, las numerosas estatuas, de estilo tanto griego como egipcio, en las que aparecen representadas mujeres de la realeza reflejan el importante rol que estas rei-

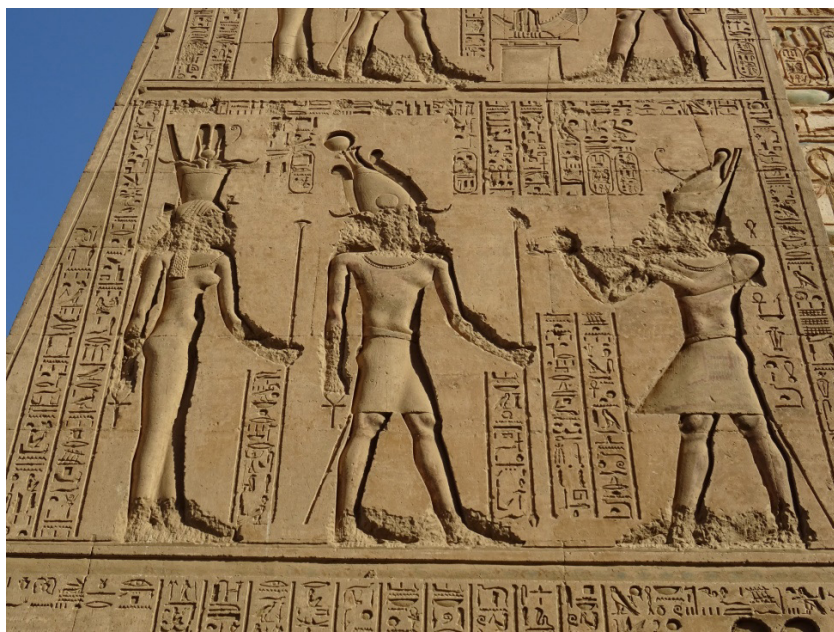


Fig. 3. Relieve de la puerta de Bab el-Amara. En esta imagen de la gran puerta que Ptolomeo III Evergetes mandó construir en las inmediaciones del templo de Jonsu, en Karnak, aparecen los *Theoi Adelphoi* recibiendo adoración por parte de su hijo Ptolomeo III. Fuente: fotografía del autor.

nas jugaban en los cultos religiosos de los dirigentes desde Arsínoe II. En realidad, aunque las primeras reinas como Arsínoe II pueden haber tenido influencia en lo privado, su papel público servía ante todo para reforzar las acciones y la posición de su parentela masculina (Shipley, 2001, p.98). Posteriormente, sin embargo, hubo reinas importantes que parecen haber desempeñado de modo genuino un papel independiente en las luchas dinásticas. El ejemplo más claro de esto último es, sin duda, Cleopatra VII Filopátor.

El interés de esta reina a la hora de intentar sacar partido político de su relación con el clero indígena, se demuestra una vez más en un gran relieve situado en la parte trasera del templo de Dendera (Fig. 4). Una vez más, como hemos visto ya en el mammisi de Hermonthis, la última reina de Egipto utiliza este templo para fortalecer la posición de su hijo como futuro y verdadero sucesor al trono (Puyadas Rupérez, 2016, p.55). En



Fig. 4. Relieve de Cleopatra VII Filopátor y su hijo Cesarión en el templo de Hathor en Dendera.
Fuente: fotografía del autor.

un templo dedicado a la diosa Hathor, diosa femenina con un profundo arraigo y poder en el Alto Egipto, Cleopatra aparece asimilada a dicha divinidad. Por eso adopta el tocado típico hathórico; compuesto por el disco solar con los dos cuernos de vaca; el sistro, instrumento típico del culto a esta diosa; y el collar menat. A su vez, Cesarión aparece representado con la corona del Alto y el Bajo Egipto y, debido a la asimilación de su madre

con Hathor, este es también la encarnación de Horus, el legítimo heredero al trono de Osiris. Tampoco hay que olvidar que en este momento se había consumado ya el sincretismo religioso entre la diosa Hathor e Isis, siendo esta última todo un referente iconográfico y propagandístico para esta reina a lo largo de todo su reinado.

En definitiva, tenemos motivos para creer que la relación entre el clero egipcio y la casa real fue armoniosa y beneficiosa para ambos durante los casi tres siglos de dominación macedonia del país. Como hemos visto, los templos se beneficiaron de esta colaboración puesto que la economía egipcia en época ptolemaica desembocaba principalmente en dos polos de tesaurización: el rey y los templos.⁵ Los reyes lágidas otorgaron a los dioses grandes lotes de tierras y rentas durante todo este período, además de importantes sumas de dinero, destinado en muchas ocasiones a sufragar el recién instaurado culto divino a la dinastía. Es por esto que algunos autores consideran que el clero egipcio no fue el motor principal de las revueltas sociales que tuvieron lugar a partir del reinado de Ptolomeo IV Filopátor, sino que los templos fueron una víctima más y no se salvaron de los problemas que agitaban al país (Gorre, 2003, p.37).

No obstante, queremos terminar apuntando que, en conexión con las ideas de autores como G. Gorre (2003, p.25), el término «clero egipcio» abarca una categoría amplia y diversa, que varía según el rango y la naturaleza del sacerdocio y según las funciones que este pudiera llevar a cabo. Debido esta heterogeneidad, a la hora de desentrañar las posturas de los cleros de los distintos templos, tendríamos que atender a las particularidades de cada región, más aún si tenemos en cuenta el caso específico de la Tebaida en este momento. Finalmente, cabe recalcar que la labor de la interdisciplinariedad se presenta fundamental para que el investigador pueda seguir desentramando la historia de este período tan convulso de la historia de Egipto, a la luz de los nuevos hallazgos arqueológicos que, incesantemente, nos aportan nueva información proveniente de distintas fuentes egiptológicas.

5 Los grandes templos construidos en este período en el Alto Egipto, como podemos ver en Karnak, Dendera, Edfú o Kom Ombo dan buena muestra de la gran cantidad de recursos que tenía el clero indígena en este momento (Préaux, 1984, p.270).

BIBLIOGRAFÍA

Autores clásicos

- Heródoto. *Historia. Libro II*. Traducción y notas de C. Schrader, 1992. Madrid: Gredos.
- Polibio. *Historias. Libros V-XV*. Traducción y notas de M. Balasch Recort, 1981. Madrid: Gredos.

Bibliografía contemporánea

- Arroyo de la Fuente, M. A., 2013. Cleopatra VII Filopátor y la legitimación del poder prolemaico. *Eikón / Imago*, 2 (2), pp.69-106.
- Blyth, E., 2006. *Karnak: Evolution of a temple*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Chauveau, M., 1997. *L'Égypte au temps de Cléopâtre*. Paris: Hachette Littératures.
- Clarysse, W., 2000. Ptolémées et temples. En: D. Valbelle y J. Leclant, dir. *Le Décret de Memphis. Actes du Colloque de la Fondation Singer-Polignac, Paris, 1^{er} juin 1999*. Paris: Diffusion De Boccard, pp.41-62.
- Fabre, D., 2008. Dioses, diosas y realeza faraónica. En: F. Goddio, ed. *Tesoros sumergidos de Egipto*. Munich: Prestel, pp.99-145.
- Finnestad, R. B., 2005. Temples of the Ptolemaic and Roman Periods: Ancient traditions in new contexts. En: B. E. Shafer, ed. *Temples of Ancient Egypt*. Cairo: The American University in Cairo Press, pp.185-237.
- Gorre, G., 2009. *Les relations du clergé égyptien et des Lagides d'après les sources privées*. Lovaina: Peeters Publishers.
- Gorre, G., 2003. Les relations du clergé égyptien et des Lagides d'après la documentation privée. *Cahiers du Centre Gustave Glotz: Revue d'histoire ancienne*, 14, pp.23-43.
- Goudchaux, G. W., 2001. Cleopatra's subtle religious strategy. En: S. Walker y P. Higgs, eds. *Cleopatra of Egypt: from history to the myth*. Princeton: Princeton University Press, pp.128-141.
- Pirenne, J., 1989. *Historia del Antiguo Egipto*. Volumen VI. Traducido del francés por Juan Maluquer de Motes. Barcelona: Océano.
- Préaux, C., 1984. *El mundo helenístico. Grecia y Oriente (323-146 a. C.)*. Volumen I. Traducido del francés por Juan Faci Lacasta. Barcelona: Editorial Labor.
- Puyadas Rupérez, V., 2016. *Cleopatra VII: La creación de una imagen*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Rostovtzeff, M., 1967. *Historia social y económica del mundo helenístico*. Tomo I. Traducido del inglés por Francisco José Presedo Velo. Madrid: Espasa-Calpe.

- Shipley, G., 2001. *El mundo griego después de Alejandro (323-30 a. C.)*. Traducido del inglés por Magdalena Chocano. Barcelona: Crítica.
- Thompson, D. J., 1992. Egypt, 146-31 B.C. En: J. A. Crook, A. Lintott y E. Rawson, eds. *The Cambridge Ancient History*. Volumen VI, Cambridge: Cambridge University Press, pp.310-326.
- Walbank, F. W., 2012. *El mundo helenístico*. Traducido del inglés por Francisco Javier Lomas. Madrid: Gredos.
- Wilkinson, R. H., 2000. *The Complete Temples of Ancient Egypt*. Nueva York: Thames and Hudson.
- Willems, H., 2000. *Les empereurs du Nil*. Lovaina: Peeters Publishers.

